



Culturales
Universidad Autónoma de Baja California
cecmuseouabc@hotmail.com
ISSN (Versión impresa): 1870-1191
MÉXICO

2007
Jesús Becerra Villegas
LA SUBSUNCIÓN SIMBÓLICA
Culturales, julio-diciembre, año/vol. III, número 006
Universidad Autónoma de Baja California
Mexicali, México
pp. 7-26

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



La subsunción simbólica

Jesús Becerra Villegas
Universidad Autónoma de Zacatecas

Resumen. A las etapas lógico-históricas de la dominación del capital, que Marx llama de “subsunción formal” y “subsunción real”, debe añadirse una tercera que explique la naturaleza y funcionamiento del capitalismo actual. Esta tercera forma, que completa y comprende las anteriores, consiste en la dominación simbólica. La naturaleza de la tercera subsunción es cultural y, por ello, opera tanto a nivel estructural como individual. Asistimos, con esto, al primer modo de producción que es también un modo de comunicación en pleno. La postulación de un modo social de producción de sentido supone, por una parte, introducir la categoría “comunicación” como demarcador lógico-histórico y, por otra, desglosarlo en el operador lógico “modo de apropiación” y en la disposición histórica como “configuración simbólica”. Lo que esta propuesta pone en juego es la posibilidad de generar una teoría comprensiva que coloque a la comunicación como un centro de los procesos sociales desde donde pueda erigirse la necesaria comunicología.

Palabras clave: 1. comunicación, 2. cultura, 3. capitalismo, 4. dominación.

Abstract. The marxist proposition of logical – historical phases of capital’s domination, or “formal subsumption” and “real subsumption”, should be followed by a third one capable to explain the nature and functions of present capitalism. This latter form, proposed to complete and comprehend the previous, consists in symbolic domination. The nature of the third subsumption is cultural, thus, it operates both at structural and individual levels. This proposition implies that we historically have the first mode of production that is a mode of communication. In order to suggest a social mode of production of sense, it is necessary to produce the category “communication” as a logical – historical marker, and then unfold it in the logical operator “mode of appropriation” and the historical setting “symbolic configuration”. The attempt of this proposal is to generate a comprehensive theory able to situate communication as one center of social processes, where it must sustain communicology.

Keywords: 1. communication, 2. culture, 3. capitalism, 4. domination.

culturales

VOL. III, NÚM. 6, JULIO-DICIEMBRE DE 2007

ISSN 1870-1191

Culturales

INTENTAR UNA TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN al corriente con los determinantes materiales y la naturaleza simbólica de los intercambios puede resultar una tarea rentable para quienes dedican sus esfuerzos a la ratificación de las naturalezas contradictorias. Pero ese mismo contenido puede conducir a retos epistemológicos difíciles de superar por su escasa visibilidad: por una parte, la razón dicotómica ha enseñado a nuestras tradiciones de pensamiento y de organización colegiada la exclusión de la contraparte como un criterio de validez; por la otra, lo corriente de las prácticas ha hecho derivar fuertemente el poder heurístico de los constructos de aquellas contradicciones que pone a resguardo. A la larga, las condiciones de cultivo *in vitro*, que envidiamos a nuestros laboratoristas, dictan las estrategias y regresan como resabios positivistas para combatir el eclecticismo.

Así, parecería, desde una buena parte del trabajo empírico disponible, que la construcción comunicológica efectuada por la norma de la economía política con frecuencia acota su ámbito de interés a una sola de las dimensiones de los procesos (tomando en consideración lo que ellos tienen de aprehensible por los dispositivos de pensamiento materialista usados pero poco puestos a reserva epistemológica): aquella dimensión sensible a una especie de contraloría social de los regímenes de propiedad y los flujos de los activos contables. A veces en fuga declarada de la teoría, la corriente latinoamericana de estudios económico-políticos en comunicación se permite alguna distancia del análisis lógico propiamente marxista. La pérdida de la capacidad explicativa que deriva de ello aleja e incluso obstaculiza las posibilidades de constituir una comunicología apropiada para los tiempos que se viven.

En lo que sigue se propone el restablecimiento de algunos conceptos marxistas originalmente encaminados a desmontar la lógica del desarrollo del capitalismo en su estadio decimonónico. Al efecto, se ofrecen algunas líneas para postular categorías más adecuadas para los movimientos sociales presentes, dotados de otras complejidades y acaso de una diversa naturaleza. En esta

La subsunción simbólica

nueva semblanza teórica, se proponen argumentos para darle a los procesos comunicacionales alguna centralidad que permita intentar explicaciones desde donde antes sólo había preguntas. En particular, en el presente trabajo se atiende el boceto marxista de una contradicción lógico-histórica fundamental: la que se da entre el capital y el trabajo asalariado, entendida como dominación de éste por aquél. Se trata de la poco conocida tesis marxista de las subsunciones formal y real del trabajo en el capital.

Lógica e historia

El tema de la naturaleza contra el accidente o la clase contra el caso, lo universal contra lo particular o la necesidad contra la contingencia es tan viejo como la conciencia, quizá porque para nacer a ésta le baste con postularlo. La conciencia se percata de sí misma cuando nota que nota lo concreto no en cuanto tal, sino *contra* algo que es lo abstracto. El prodigio de la conciencia no consiste tanto en proponer lo abstracto para recoger en él lo concreto, como en establecer *la relación* de contrariedad que lo abstracto sostiene con lo concreto para, de una vez, instaurar sus principios.

Para el ser que se mueve en lo concreto, como para quien se despliega en lo abstracto, el mundo es relativamente simple; la complejidad proviene de intentar la conexión de los dominios, porque entonces nada habrá suficientemente terrenal que carezca de proyecciones (incluso en otras entidades elementales), ni nada será tan etéreo que por lo menos no denuncie el tipo de cuentas que lo originan y lo anclan.

Así, la conciencia es capaz de pensar en sí misma, de objetar su naturaleza en virtud de sus accidentes, pero también de dudar de sus contingencias en razón de su clase. La conciencia, sorteando las muertes individuales que por escrúpulo se fue infligiendo para mostrarse capaz de rebasarse a sí misma, algo tardó –no sabemos cuánto: el tiempo también fue su invención–, algo tardó,

Culturales

decíamos, en acreditarse a la vez como permanencia y devenir. La conciencia reglamenta y acontece.

Es por naturaleza y por contingencia por lo que hoy podemos hablar de lógica y de historia; aun más, de una contradicción que las opone y las confirma. Entre las prácticas como presencias y las ausencias existe un hiato previsto por una ley que se expresa como un modo de ser y hacer, es decir, como una abstracción que no se deja leer por los sentidos sino por la razón. Una ley se expresa en enunciados donde se predica algo para una categoría. Ésta asume, así, un carácter de generalidad y de articulación. No hay, hablando con propiedad, ley de los singulares y los discontinuos, pero al lado de cuanto como concreción existe algo permite reconocer su unicidad: la distancia que lo separa de la norma y que es el objeto de dicha norma. Se trata de la “hiancia”, como llaman los neolacanianos al espacio de salvedad donde caso y regla se alejan. Tal espacio no es aquello que debe ser resuelto en la práctica clínica o en la corrección de la teoría, sino la clave para reconocer lo que el caso tiene de singular y lo que la regla tiene de articuladora de las particularidades.

Con esto, la categoría resulta no sólo dispositivo de conciliación sino un punto o, mejor, un modo de articulación. Los privilegios que ella dispensa vuelven legible y circulable el mundo; legalizan las particularidades para que lo singular no se disuelva en la indiferencia. La mera postulación de una categoría para entender el mundo introduce naturaleza y contingencia, algo que ni estructuralistas ni materialistas han alcanzado a integrar: orden sujeto al cambio y cambio sujeto al orden. De esas continuadas interrupciones está hecha, a jirones, la dimensión que llamamos “humanidad”. El necesario reconocimiento de lo impar por referencia al modelo no debería resultar ajeno a la estrategia del pensamiento social.

Jorge Luis Borges debe su carácter laberíntico a sus juegos en el espejo, según se ha dicho. Uno de ellos es el desliz entre la especie y el espécimen, ya en sus milongas, ya en sus especulaciones metafísicas. Particularmente, suscribe con John

La subsunción simbólica

Keats una tesis que aquí interesa: al ser el ave mera instalación concreta de su especie, repetida y respetada por el tiempo (“no hollada por hambrientas generaciones”), se vuelve ave arquetípica, plena de presente. En alusión a su “Oda a un ruiseñor”,¹ Borges (2004:95) dice del poeta: “Keats, en el jardín suburbano, oyó el eterno ruiseñor de Ovidio y de Shakespeare y sintió su propia mortalidad y la contrastó con la tenue voz imperecedera del invisible pájaro”.

Una frase al cierre desgasta la materia del ruiseñor y lo recupera para el mundo simbólico (2004:97): “Tanto lo han exaltado los poetas, que ahora es un poco irreal”.

Así, parece haber una primera regla para la humanidad: por su capacidad de individuación, sólo el hombre concreto es espécimen de una especie. Sólo a él, pleno de leyes que desdobl原因an categorías, las contingencias lo calan de realidad (esa abstracción, esa primeridad peirceana con la que llenamos *lo real* en tanto segundidad). Alguna lógica propicia que la especie se defina mediante la abdicación de cada hombre en favor de su historia. Es la misma lógica que permite asumir cada sociedad humana como una cultura, como una configuración de la memoria. Al final, lógica e historia son dos énfasis, dos modos de los que se vale la conciencia en tanto producto social para enfrentar naturaleza a contingencia, contingencia a naturaleza. Nada hay que sea desmesuradamente general, nada minuciosamente único. La conciencia pertenece a todos y a nadie: es de la cultura, de la lógica, de la historia, pero tiene sus formas de ser apropiada. Los que se creen fundamentalmente inocentes, tanto como los que se reconocen culpables, sólo se diferencian en exponerse de modo distinto a las preferencias de la memoria vuelta rencor o efusión del colectivo. Si hay un acto en el que se reconoce que las dicotomías consisten en énfasis para construirse compleja y contradictoriamente como ser, ese acto es el de la apropiación.

¹ Publicado originalmente en *Otras inquisiciones (1937-1952)*, Sur, Buenos Aires, 1952.

Culturales

La subsunción según Marx

Al contrario de lo que podría creerse cuando el contacto que se tiene con Marx anima a tachar de fetichismo su pensamiento materialista, resulta posible, y acaso válido, afirmar que *El capital*, además de un estudio extenso de procesos sociales en cuanto determinados por leyes económico-políticas, es una propuesta teórica profunda para *descosificar* el pensamiento sobre dichos procesos sociales. No sólo el capitalismo como abstracción, sino aun el capital como *relación* mediada por personas y cosas, someten a prueba la potencia explicativa de una categoría lógico-histórica y económico-política llamada *Modo de Producción* (MP).

Por necesidades de lógica, Marx contrapone a lo largo de su obra económico-política, primero, la mercancía fuerza de trabajo a capital, especialmente en el proceso de circulación; luego opone a sus poseedores en el proceso de producción. Con ello, ofrece su *manifiesto* sobre la mejor manera de entender las contradicciones: escrituras en lo concreto de oposiciones generadoras. Con énfasis en el conflicto, la categoría marxista _{MP} resume: si bien las cosas establecen relaciones, son las relaciones las que definen lo que las cosas son. (El estructuralismo iría por otro lado al sostener que las relaciones se procuran el tipo de cosas que convienen a su ser. Mientras que en el marxismo la historia acusa su modo, hace falta una teoría que afirme que el modo tiene su historia.)

Es sabido que Marx utilizó la categoría lógica _{MP} para pensar la historia, es decir, para periodizar desde un criterio explicativo. Para él y sus seguidores, las unidades que rompen el sinuoso e ilegible continuo del devenir social deben buscarse en aquellas eficaces convenciones, más bien lejanas a la conciencia, que los seres humanos han suscrito para organizarse en las tareas de la reproducción social. El materialismo dialéctico de Marx ejerce en el movimiento concreto-abstracto la producción de lo lógico, y en el retorno abstracto-concreto, la producción de lo

La subsunción simbólica

histórico. Por ello, cuando habla de MP alude de una vez a las dos dimensiones (lógica e histórica). Sin embargo, en su doble naturaleza, una categoría dialéctica como la que analizamos moviliza preferentemente un espacio; así, el pensamiento de los *modos* se inscribe en lo lógico y sirve para trazar la ruta de lo histórico e introducir la categoría correspondiente: *formación social*, de la que luego nos ocuparemos.

Si bien el interés de *El capital* y el del presente trabajo es el *Modo de Producción Capitalista* (MPC), debe quedar asentado que todo ejercicio de leer los tiempos como organizados en *modos de producir* es un ejercicio de corte con que el pensamiento ranura las sucesiones y las organiza en torno a una explicación adelantada, donde lo material determina a lo material y subordina a lo inmaterial.

De acuerdo con ello, la propiedad central del MPC es la dominación del trabajo por el capital, proceso que ratifica la doble inscripción de las categorías mayores del marxismo en un dominio abstracto, que es el lógico, y otro concreto, que es el histórico. Se trata de un esbozo excluido de la versión final de *El capital*, rescatado y publicado como “Capítulo vi inédito” del Libro I (2001), un texto poco conocido y menos atendido (la versión final del Libro I incluye como vi el capítulo “Capital constante y capital variable”). A esta dominación Marx se refiere como subsunción del trabajo *en* el capital, término que Pedro Scaron, traductor de la versión publicada por Siglo XXI, asocia con subordinación (subsunción de *a* por *b*) y con inclusión lógica (subsunción de *a* en *b* o, diríamos nosotros, dominación como remisión a un dominio). Con preferencia por este sentido lógico, podemos recordar que una tesis central de la operación del MPC consiste en la reproducción del capital en más capital por la vía del aprovechamiento o explotación del trabajo asalariado, lo cual no es otra cosa que la transformación del trabajo en capital. Aun cuando Marx considera la subsunción como subordinación en los hechos, el carácter *formal* de ésta queda patente (2001:18) “En realidad, la dominación de los capitalistas sobre los obre-

Culturales

ros es solamente el dominio sobre éstos de las *condiciones de trabajo*”. Si bien más adelante distingue los modos y momentos de la subsunción, desde ahora podemos entender que se trata de un momento de dominación de lo abstracto sobre lo concreto, de la forma sobre el proceso, hasta que dicha dominación se vuelve estructural y produce las condiciones especiales para su reproducción, independientemente de la configuración material en que se vehicule. Dice:

La característica general de la *subsunción formal* sigue siendo la directa *subordinación del proceso laboral* –cualquiera que sea, tecnológicamente hablando la forma en que se lleve a cabo– *al capital*. Sobre esta base, empero, se alza un *modo de producción* no sólo tecnológicamente *específico que metamorfosea la naturaleza real del proceso de trabajo y sus condiciones reales: el modo capitalista de producción*. Tan sólo cuando éste entra en escena se opera la *subsunción real del trabajo en el capital* (2001:72. Énfasis en el original),

Hasta ahora, se ve que el sometimiento que logra el capital en tanto relación sigue un orden para consumarse: de lo abstracto a lo concreto, de lo formal a lo real, de lo contractual a lo técnico. A efectos de ubicar nuestro tiempo, bastaría con declararnos en la plenaria del MPC para asumir que la subsunción que hoy opera es, según las cuentas antes hechas, la de tipo (o momento) *real*. Al efecto, sólo se requeriría enfatizar en que el modo social histórico de relacionarse para producir descansa en el modo técnico de organizar el trabajo.

Luego, al voltear hacia las industrias culturales, aparecen dos grandes posibilidades de lectura: en una primera, esta rama de la economía profundiza y arraiga la subsunción real, pasando incluso la industria cultural antes por un proceso donde es subsumida formalmente. En la segunda lectura, el énfasis en el ejercicio social que llamamos “comunicación”, especialmente la de nuestra época, permite postular categorías que *subsumen en ella* las económico-políticas y facultan ubicar la nuestra como una tercera época de subsunción, ésta de tipo simbólico.

La subsunción simbólica

El papel de los medios de comunicación en la época de la subsunción real

Un caso que ilustra la primera forma de leer el “Capítulo VI inédito”, sin abrirse paso desde categorías comunicológicas, se encuentra en *Indústria cultural, informação e capitalismo*, de César Bolaño (2000), donde el ejercicio del pensamiento marxista encuentra en el desarrollo de las llamadas “industrias culturales” un caso especial de desempeño que obliga a retomar, explícita aunque acaso tangencialmente, el concepto marxista de *subsunción*. Bolaño quiere reconstruir el proceso por el que el capital produce las mercancías culturales al modo en el que los productores directos originales fueron expropiados de sus condiciones de subsistencia en el mercado y se convirtieron en vendedores de fuerza de trabajo. Al efecto, Bolaño se enfrenta a un triple reto: postular la mercancía simbólica, el productor simbólico y el consumidor de bienes simbólicos. Lo singular del esfuerzo consiste en asumir la construcción desde el impecable orden de lo material, siguiendo un itinerario de pensamiento que recuerda al visto en *El capital* para caracterizar el origen del MPC.

A *fn* de economizar argumentos, Bolaño afirma de una vez un doble valor del trabajo en las industrias culturales, según el cual los artistas, periodistas y técnicos producen a un tiempo dos mercancías: un producto o servicio y su público (2000:222ss). Para completar el tríptico, del productor se ocupa luego. Por ahora, nuestro autor describe cómo la industria cultural, en el momento de difundir sus productos mediáticos, produce los públicos que los anunciantes necesitan comprar para venderles sus mercancías. Seguramente, cierta razón asiste a Bolaño cuando asegura que el papel de las industrias culturales en el desarrollo del capitalismo es privilegiado, porque ellas aúnan las esferas de la producción y la circulación, al tiempo que vinculan ramas industriales. Parte del énfasis parece innecesaria, porque desatiende que hay ya un entendido de que la simultaneidad de producción y consumo es propia de la actividad que llamamos “servicio”. Igualmente,

Culturales

convendrá recordar que, desde el punto de vista de la economía, donde les corresponde operar y valorizar a los medios de comunicación es en el ámbito de la circulación. Después de todo, comunicar y circular significan hacer fl uir.

Cabe, entonces, centrarse en otros cuestionamientos: ¿no crean por lo regular las industrias, y por sus propios circuitos, muchos de los consumidores que necesitan? Por ejemplo, una empresa de electrodomésticos, automóviles o computadoras, al producir las nuevas generaciones de sus productos y marcar, consecuentemente, los ritmos de la obsolescencia, ¿no genera acaso mercado a la manera de condiciones para el consumo, con el consumidor perfilado incluido? Más ladinamente, ¿no resulta posible colocar en ese mismo flanco de la avanzada a las industrias farmacéuticas, tabacaleras y de alcoholes, siquiera por su capacidad de enganchar para reproducir la demanda? Llevado el asunto a cierto extremo, al final no habrá rama de la economía que no se beneficie de un cierto estado de la oferta simbólica donde los imaginarios consisten en numerosas apetencias, siendo un haz de ellas el que beneficia a los medios de comunicación, presentándolos como necesidad de consumo en el amplio mercado de bienes simbólicos. En pocas palabras, es en virtud de un juego de abstracciones como debe explicarse la mecánica de las economías de producción y consumo, y entender que si las industrias culturales juegan un papel importante en ellas es por su adscripción al ámbito de lo intangible, que es desde donde deben ser explicadas.

Pero quedaba por caracterizar la solución de Bolaño a su tercer reto: la producción lógico-histórica del productor cultural. Adonde primero habría que pedir atención es a un supuesto que parece permear las cuentas del autor: en el mercado capitalista concurren industrias de distinta edad o nivel de desarrollo pero de un linaje equivalente tal, que, dice, los conduce a repetir la vieja saga del despojo. Según esto, aunque las nuevas tecnologías hayan hecho posible la generación de nuevos productos y prácticas, digamos culturales, siempre la mitología de la expropiación pide que un

La subsunción simbólica

productor originario sea desposeído, como ocurrió siglos atrás, para que el capital tienda sus redes de generación y circulación. Es decir, se descarta la capacidad capitalista de establecer un modo técnico más que para acomodar los procesos de producción ya existentes. Dice Bolaño (2000:230) que el capital sólo puede apropiarse de la fuerza de trabajo del productor cultural (artista, periodista, técnico) expropiándolo de los medios de acceso a los públicos, lo que fue posible a partir del desarrollo de las tecnologías de la comunicación y su imposición como forma hegemónica de difusión de los productos culturales.

En la parte que toca al artista como productor cultural, diversos pasajes y frases ingeniosas, como “economía a la inversa” o “pérdida de la escasez”, de *Las reglas del arte*, de Bourdieu (1997), podrían ser invocados para acotar la noción de la expropiación. Según el pasaje que sigue, existe un tipo de artistas (cuya importancia en la constitución del campo del arte obliga a ver esta excepción al modo de producción sin la arrogancia con la que suele desestimarse la coexistencia de diversas formas de producir) que son artistas *porque* imponen su propia lógica a la producción y circulación de sus obras:

Estos campos [de producción cultural] son la sede de la coexistencia antagónica de dos modos de producción y de circulación que obedecen a lógicas inversas. En un polo, la economía anti-“económica” del arte puro que, basada en el reconocimiento obligado de los valores del desinterés y en el rechazo de la “economía” (de lo “comercial”) y del beneficio “económico” (a corto plazo), prima la producción y sus exigencias específicas, fruto de una historia autónoma; esta producción, que no puede reconocer más demanda que la que es capaz de producir ella misma, pero sólo a largo plazo, está orientada hacia la acumulación de capital simbólico, en tanto que capital “económico” negado, reconocido, por lo tanto legítimo, auténtico crédito, capaz de proporcionar, en determinadas condiciones y a largo plazo, beneficios “económicos” [...] (Bourdieu, 1997:214).

Por otra parte, respecto a la expropiación del periodista, el técnico y similares, debe decirse que cuando un MP como el capi-

Culturales

talista se ha instalado a plenitud, ha echado a funcionar su lógica mediante la organización técnica que asegura su reproducción. Y si bien se mantienen aquellas condiciones relacionales que permitían declarar *por lo menos* una subsunción formal, las reglas imperantes muerden con tal fuerza las prácticas sociales que poco margen habrá para que aquellos procesos culturales ahora industrializados tengan incluso la oportunidad de generar formas libres a las cuales expropiar. Periodistas, técnicos y similares, en su finitud, sólo cuentan con la oportunidad de experimentar el ejercicio precapitalista en tanto historiadores de sus propias prácticas. Dar cabida a la idea de una expropiación continuada sólo resulta posible, pues, desde el plano abstracto: es la especie cultural la que es expropiada en su comparecencia en el mercado; los sujetos concretos, como especímenes finitos y ciudadanos de su tiempo, aparecen a estas alturas subsumidos desde el principio en una lógica cultural que impone patrones de percepción y gusto, aun cuando sólo sea para romper con ellos.

Lo que esta lectura del sometimiento como expropiación homóloga de la clase y de los individuos pierde de vista es la apropiación, en la cual consiste un intento de subsunción final.

La subsunción simbólica

Para postular la segunda lectura sobre el concepto de subsunción, ahora con el afán de constituir de paso una teoría comunicológica, habrá que volver al pensamiento marxista en el que se origina. Repasemos proponiendo que en el primer momento, llamado de “subsunción formal”, el productor directo es separado de sus posibilidades de reproducción como resultado de un conjunto de procesos sociales que socavan con distintos grados de violencia la lógica del modo de producción precedente. En términos sociales, se trata de la extinción de unas clases vía tres pérdidas: de la legitimidad en lo político, de la rentabilidad en lo económico y de la visibilidad en lo simbólico. Esto produce la emergencia de una

La subsunción simbólica

nueva clase. Sin necesidad de ser materialmente expropiado de sus medios de producción, el reciente proletario es esquilmo a través de la mecánica de un mercado renovado que, al imponer tasas de pertinencia política, productividad económica y convertibilidad simbólica, establece un nuevo modo de reproducirse (Castillo y García, 2001), una especie de abstracción que se concretará en configuraciones y prácticas específicas.

La clase que queda fuera del mercado reingresa en él, según Marx, para vender como mercancía el único bien que conserva: su capacidad de trabajo, compuesta por su fuerza, por su saber artesanal y, agregamos, por su “irracional pero bienvenida” voluntad de ser. Hasta entonces, hemos dicho que el sometimiento es sólo por la vía formal; es decir, se sustenta en una mera lógica de cambio de títulos sobre un mismo entramado social.

Llega el tiempo en que el trabajo intelectual pagado por el capital fructifica en la técnica necesaria para reorganizar el proceso productivo en torno al nuevo saber hacer, y así se consuma la dominación hacia el trabajo, con la aparición de un modo técnico propio del modo social de relacionarse para producir (Figueroa, 1986:21). En adelante, con la *subsunción real*, el trabajador pierde la posesión socialmente válida del saber productivo, que se vuelve en sí mismo mercancía. Es la toma de la verdadera plaza de la economía y el orden por el capital.

En principio, parecería ser este recuento el mínimo suficiente para caracterizar un modo de producción cuando la mirada se articula fundamentalmente desde la economía. Sin embargo, si hemos de hablar de la cultura que le es propia al modelo de reproducción social, tendremos que reconocer que a éste le falta por lo menos otro énfasis: algo debe dar cuenta de los procesos de apropiación del sentido por donde esta lógica de clases definidas en torno a su papel en los procesos de trabajo encuentre su acomodo. Postulemos, a manera de hipótesis, un *Modo de Apropiación Social* (MAS) donde la cultura sea un bien sujeto a las leyes generales de fetichización, circulación y consumo, acaso una mercancía en sí misma.

Culturales

La petición del MAS supone la instauración lógica e histórica, en primer lugar, de un mercado *ad hoc* de bienes y prácticas simbólicos de producción y consumo, y en segundo lugar, de un proceso de *subsunción simbólica* que debe completar por fin el ciclo de reproducción del capital. Como mercado de lo simbólico, una doble condición que debe establecer es, en lo formal, la operatividad de un sistema de habilitación de relaciones de ausencia en vínculos entre concretos (es decir, cada mercancía vale no sólo por lo que promete sino por lo que pudo haber sido: el valor como relatividad); luego, ya en el plano material, la suficiencia dimensional para el desarrollo del comercio de los sentidos en gran escala. Todo ello alude, por supuesto, a la generación de una cultura de masas al lado de una producción masiva de bienes de consumo.

En vecindad con las fábricas y los consumidores, el proyecto social se completa con la reformulación propia de las instituciones y sus públicos. Junto a las moles de la economía y la política, la sociedad moderna erige en sus mismas escalas descomunales las moles de la razón, la moral y la memoria, en dispositivos como las constituciones, las enciclopedias y las jurisprudencias, siempre con la función de circular y dar fluidez. Desde ahí, el ejercicio del mundo como producción del mismo es una ilusión de mercado y el triunfo de la razón quedará sometido a los dogmas del mercado.

La comunicación como modo de apropiación

El despliegue histórico de los procesos referidos supone la existencia de una *gramática de facto* que vuelva legibles las culturas y permita su comunicación. Al igual que resulta válido llamar “mercados” a las economías por sus posibilidades de conversión, circulación e intercambio, tal gramática de las representaciones como sistema de combinatorias faculta el pensamiento de las culturas como mercados, cuyas transacciones se despliegan en modos de

La subsunción simbólica

articulación. Cada producto cultural es conjugado principalmente en el acto del consumo, respecto a otros productos a los cuales se opone con algún grado de firmeza o concesión y con algún grado de resonancia permanente o efímera. Al final, llamamos “prácticas culturales” a un conjunto de intercambios sancionados por un código de equivalencias del que derivan su circulabilidad y del que desprenden su sentido. Técnicamente hablando, la apropiación como proceso cultural puede definirse como la subsunción del valor de cambio general de los objetos en un valor de uso específico de un sujeto o su grupo históricamente situados. La cultura, que establece las condiciones de convertibilidad simbólica, queda así sujeta a las conversiones de sus propias tasas y, al final, definida por las prácticas que tratan de derrocarla.

El subsumir las dimensiones de la economía y la política en la dimensión de lo simbólico, como quiere la absorción del concepto *Modo de Producción Social* (MPS) en el de su subjetivación-colectivización, o MAS, debe satisfacer la doble condición de servir para explicar *desde lo simbólico* el ejercicio de la producción, la circulación y el consumo al que la categoría económico-política denomina, y además dar cuenta de aquello que ésta deja de lado a pesar de construirse desde lo abstracto: el universo del sentido, que es el espacio que reclama postular al sujeto como individuado y culturalizado a la vez.

A fin de preparar el recuento mínimo de las posibilidades de descripción y explicación que la anteposición de lo simbólico ofrece al estudio de lo material, habrá que sembrar con algunas preguntas, después de postular que la apropiación, en tanto movimiento lógicamente impuesto e históricamente colocado, relaciona por su naturaleza abstracta lo colectivo y por la concreta lo individual. Las preguntas son éstas:

- ¿Puede entenderse el conjunto de los procesos que han llevado a las transformaciones históricas, más que como una necesidad de redefinición de las formas de producir, como el resultado de una voluntad de apropiarse?

Culturales

- ¿Puede entenderse el conjunto de los procesos que han llevado a cada modo de producción a afirmarse y evolucionar para mantenerse, más que como un mecanismo ciego de las formas de producir, como una apropiación vía consumo por los sujetos del ideario del modelo para incorporarse a la cultura del mismo?
- ¿Pueden explicarse las perversiones y descatos a sus propias reglas de los modos de producción –como la fase actual del capitalismo nominativo y especulativo antes que productivo–, más que como simples desvíos refuncionalizables en la lógica del sistema de producción, como muestras fehacientes de que no es en el fondo la producción lo que prima en la reproducción social, sino el modo de apropiársela, de donde resulta que es éste el sentido último de la producción?
- ¿Es posible y útil, en última instancia, ensayar la reperiodización de la historia, no a partir de la categoría MPS, sino de una categoría lógica de mayor ubicuidad, MAS, que, siendo síntesis de procesos materiales y simbólicos, antecede, acompaña y finiquita cada etapa que la primera categoría quiere recortar?

Si las anteriores preguntas admiten provisionalmente y en algún sentido una respuesta afirmativa, dejan su constatación a la revisión de los procesos que las prácticas historiográficas han recogido y hecho hablar desde un discurso normalizado. En otras palabras, reclaman el cierre del circuito dialéctico con un dispositivo de pensamiento: una categoría de análisis que, como MAS, producción lógica para el análisis histórico, inscriba la lectura de la concreción material en un sistema legal.

Al efecto, se impone una pausa para tener en cuenta que la categoría de contrapartida y complemento que algunos marxistas han propuesto a la ley del MPS es la *Formación Social* (FS). A tono con lo que hemos apuntado, si la primera categoría emerge del paso concreto-abstracto para inducir la lógica que gobierna

La subsunción simbólica

los procesos concretos, la segunda queda establecida, no como generalidad, sino como despliegue y concreción de aquélla. Ir de lo abstracto a lo concreto es lo que permite leer la historia como sucesiones hilvanadas de sentido, si bien, desde el materialismo, tal sentido (término inusual en él) no es otra cosa que el sistema de determinaciones concreto-concreto que sólo se ve “desde arriba”. No en balde, al ser toda determinación una relación, tiene por dominio el orden de lo abstracto.

Una vez introducida la categoría materialista histórica FS, puede plantearse que, correspondientemente, los modos sociales de apropiación son generalizaciones de prácticas *relativas* efectuadas por sujetos concretos para apropiarse del mundo, en tanto individuos y en tanto clases o grupos. Este despliegue de aspiraciones, gustos, repulsas o fobias detrás de las prácticas, aun en su inmaterialidad, no dejan de ser concreción de un modo de relacionarse y producir sentido. Este nivel de operacionalización que exige la teoría de los modos podemos denominarlo como *Configuración Simbólica* (CS), enfatizando con el término el tipo de naturaleza y relaciones de contingencia que interesa anteponer a MPS/FS y asociar como pareja a MAS. Así, la categoría CS queda apuntada como par eminentemente histórico del pensamiento social en términos de MAS en cuanto categoría eminentemente lógica. A la CS correspondería el análisis y explicación de las prácticas concretas en cuanto dotadas de sentidos propios (o sinsentidos sociales) y ubicadas en contextos históricos; algo como el ejercicio de una fenomenología al corriente con la terceridad peirceana.

El giro del término “producción” hacia el de “apropiación” y el paso de lo material a lo simbólico obedecen a que, al *final*, la sola propuesta de una cultura de masas entre los procesos de reproducción social alude a la dimensión comparativamente menos tangible de lo representacional entre los firmes de los intercambios económicos y los contratos políticos. A propósito de esta cultura, cabe una última serie de reflexiones: si bien es posible datar la formación de las masas como grupos grandes,

Culturales

anónimos y heterogéneos, a las expulsiones de contingentes humanos de los talleres a las factorías, del campo y las villas a las ciudades, de la autosuficiencia y el autoconsumo al empleo laboral y el consumo productivo, de los modos y ritmos libres de la producción a la racionalidad ingenieril, ¿acaso son entendibles estos procesos como otra cosa que una reconfiguración de modos de ser, como sucesiones de continuidades y rupturas de proyectos donde el apetito por la ganancia se enfrenta permanentemente a la voluntad de ser, de manera que su historia es la búsqueda por redefinirse el uno y la otra? ¿Es la cultura otra cosa que una voluntad colectiva de definirse, de apropiarse? ¿No existe acaso una homología entre el dogma de la libre circulación para la extinción de los dogmas, y el dogma de la sociedad como comunicación cuando aquélla propende a la cohesión de la violencia y el ejercicio de la última se debate entre la reafirmación del individuo y la claudicación del sujeto?

Asistimos, con esto, al primer modo de producción que es también un modo de comunicación en sentido pleno. Lo que a partir de las formas propias de producir, circular y consumir sentido se da es una época histórica con una identidad específica, y que suele llamarse “posmodernidad”, explicada por Fredric Jameson (1995) como lógica cultural del capitalismo avanzado.

Un segundo argumento para dar centralidad al espacio simbólico en la construcción del *Modo Capitalista* como modo comunicacional puede intentarse a partir de las cuentas económicas de Marx en *El capital*, donde especifica como regla de mercado en la lucha intercapitalista la del trabajo socialmente necesario, mecanismo de competencia entre los productores. Ahora se presenta una etapa mejor asentada del capitalismo, paradójicamente, porque descansa en lo abstracto: se ha procurado, después de un modo técnico para la producción, un mercado de bienes simbólicos con su modo de apetecerlos. La emergencia histórica de un consumo socialmente necesario supone un mecanismo de competencia (en la acepción que la lingüística generativa da al término) que produce una cultura de consumo y una estética que le es propia.

La subsunción simbólica

Pero, aun consistiendo la subsunción simbólica en una posible etapa final del capitalismo, no supone la llegada del plazo último para establecer las posiciones en el conflicto social, o la dominación definitiva de una clase por otra: es, precisamente, la apropiación el acto objetivo de subjetivación lo que mejor define el tipo de luchas que ahora se libran, especialmente con los usos personalizables de las tecnologías. Lo que la CS presente arroja como característica, no son sólo las luchas por apropiarse, sino las luchas por definir el sentido de las apropiaciones de los otros; en breve, las sutilezas que ahora definen el conflicto relacional consisten en apropiarse de las prácticas de apropiación de los otros.

Corresponde a otro esfuerzo construir como categoría el objeto *comunicación* (Becerra, 2004) a fin de instrumentar desde ella la reperiodización no sólo del modo lógico histórico presente, sino de aquellos que lo precedieron y los que habrán de sucederlo. Ello seguramente habrá de explicar la aparición de los modos técnicos, al subsumirlos al sentido que tienen para sus usuarios en sus afanes de apropiación material y simbólica.

Tras el énfasis concedido en el presente ensayo a esta última dimensión, y a fin de procurar un contrapeso de cierre, sólo queda consignar que el análisis de la producción y la reproducción simbólica implicadas en la propuesta comunico-lógica debe conciliar e incluso beneficiarse de un sano pensamiento materialista, que hasta ahora se ha asumido como contraparte para ser atacada en bloque o, en el mejor de los casos, ignorada.

Referencias

- BECCERRA VILLEGAS, JESÚS, “La comunicación: de objeto a categoría”, *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, época II, vol. X, núm. 19, pp. 53-65, Colima, Universidad de Colima, junio de 2004.
- BOLAÑO, CÉSAR, *Indústria cultural, informação e capitalismo*, Hucitec-Polis, São Paulo, 2000.

Culturales

- BORGES, JORGE LUIS, *Obras completas II*, 14ª reimpr., Emecé, Buenos Aires, 2004.
- BOURDIEU, PIERRE, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, 2ª ed., trad. de Thomas Kauf, Anagrama, Barcelona, 1997.
- CASTILLO MENDOZA, CARLOS ALBERTO, y JORGE GARCÍA LÓPEZ, “Marx, entre el trabajo y el empleo”, 2001. Disponible en <http://www.ucm.es/BUCM/cee/doc/01-23/0123.pdf>.
- FIGUEROA, VÍCTOR, *Reinterpretando el subdesarrollo*, Siglo XXI, México, 1986.
- JAMESON, FREDRIC, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, 1ª reimpr., trad. de José Luis Pardo Torío, Paidós, Barcelona, 1995.
- MARX, KARL, *El capital. Libro I, capítulo VI (inédito)*, 9ª ed. en español, trad. de Pedro Scaron, Siglo XXI, México, 2001.
- , *El capital. Libro I*, 14ª ed. en español, trad. de Pedro Scaron, Siglo XXI, México, 1984.

Fecha de recepción: 3 de mayo de 2007

Fecha de aceptación: 19 de junio de 2007